

IVONNE A. ADAYA LEYTHE

UNA DANZA EN TEMOAYA

La danza popular mexicana —aquella que es producto de la imitación y la tradición de una comunidad— es efímera pero a la vez histórica. Es efímera como cualquier modalidad dancística porque se produce en el mismo momento en que el cuerpo transforma los movimientos cotidianos en expresión artística y muere cuando el cuerpo deja de ser suscitador de una obra de arte.

Sin embargo, aunque los signos dancísticos son fugaces, expresan acontecimientos que forman parte de la historia. En el Estado de México se practican varias danzas que son expresiones de acontecimientos históricos o de costumbres; tal es el caso de *Chimare-cu* de San Pedro Arriba, del municipio de Temoaya.

El municipio de Temoaya (los que descienden de Xiloteppec) se localiza en terrenos del vértice norte del Valle de Toluca, hacia el noroeste de la capital del Estado de México. Gran parte de sus habitantes mantienen rasgos físicos

y culturales del pueblo otomí, cultura que paulatinamente se ha mezclado con otras. Primero, en la época prehispánica, recibió la influencia y el dominio de la cultura azteca; después los recibió de la cultura española y actualmente del resto del pueblo mexicano. Se trata de una población que es producto del mestizaje y de la apertura comercial, tecnológica y científica con otros países.

Visitar Temoaya, escuchar la lengua otomí y observar personas con el vestido y las costumbres provenientes de una cultura prehispánica produce la imagen de una isla en la que el tiempo y el espacio del México actual guardan un ritmo de agua ancestral.

Gracias a este tiempo de agua en Temoaya se tiene todavía el recuerdo de la danza denominada *Chimare-cu*. *Chimare-cu* se ejecuta en los casamientos, después de las celebraciones religiosas que marca la iglesia católica y en día jueves. Las parejas se casaban en jueves porque para el pueblo otomí correspondía al número cuatro; este número tenía para ellos el sentido de mitad, es decir, el casamiento es la unión de dos mitades.

Así, antes de bailar se persigna el fogón con un saumador y un chiquihuite. El chiquihuite lleva maíz y frijol. Al terminar este acto comienza propiamente la danza. De un lado están la novia, los padres de la novia y los familiares de la misma, en este orden y en fila. Del otro lado están el novio, los padres del novio y los familiares de éste, también en el orden mencionado y en fila.

El novio y su comitiva se dirigen hasta donde se encuentra la novia; los primeros saludan y comienzan a bailar, el resto de la fila hace lo mismo. Las filas avanzan y cada una forma un círculo; cada círculo corresponde a una familia. Los novios se colocan en el círculo de los familiares del novio. Ya en círculo se comparte la comida (mole, arroz, frijoles, tortillas y pulque). Poco después los novios se dirigen hasta el fogón y realizan la acción de agradecimiento persignando el fogón con un saumador. Lo mismo harán poco después los padres de la novia y del novio.

En el momento en que los novios se unen, las familias también lo hacen;

por eso se intercambia comida. A la acción se le denomina obsequio. El obsequio lo realiza primeramente una de las mujeres del círculo del novio. Se levanta y bailando se dirige hasta los padres, quienes lo reciben. Lo mismo hará una de las mujeres del círculo de la novia.

La relación entre los padres de los novios es importante; por ello, los padres de la novia se dirigen al círculo del novio y entregan un chiquihuite con fruta, pan y bebida. Los padres del novio también entregarán un chiquihuite idéntico. Después el padre del novio bailará con la madre de la novia y el padre de la novia bailará con la madre del novio.

Por último se realiza el saludo. Éste lo realizan los padres de la novia; bailando saludan a todos los familiares del novio que se encuentran en el círculo.

Chimare-cu termina, sin que por ello termine la fiesta; después de esta danza se baila cualquier son que se le pida a los músicos, entre ellos *ijoxon cu*.

La fiesta puede continuar hasta dos días más, aunque en varios minutos el pueblo otomí representó muchísimos años de firmes creencias.

Para ellos el fogón no es un simple instrumento en donde se hace la comida sino el símbolo de la actividad ritual. Es el centro donde las coordenadas espacio-temporales se unen. Es el sitio de exaltación de la vida (llamas) y del aniquilamiento (cenizas, marca de la ancestralidad).¹

El fogón siempre está dentro de una casa, por ello la presencia de los círculos como forma coreográfica, como espacio cerrado:

Un universo cerrado, orientado y dotado de propiedades simbólicas específicas. Con toda certeza se puede decir que no existe ritual otomí que no esté inserto, contenido en un marco (casa, capilla, oratorio o cueva).²

La presencia en la danza del fogón y del círculo-casa son los elementos indispensables, el espacio simbólico para que los padres de ambos novios, con toda la autoridad que sus antepasados han legado, unan dos mitades. Se unen dos familias que a partir de entonces velarán por la nueva casa y el nuevo fogón donde se formará una nueva vida.

Esta nueva vida, en algunos años, se unirá a alguien y de nuevo se bailará *Chimare-cu*. Los movimientos del cuerpo representarán minutos de la historia. ■

¹ Jacques Galinier, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, UNAM, México, 1990.

² *Ibidem*.

